



LOS INFELICES 70

El cuadro de la actual situación histórica se presta a ser contemplado desde distintos y aun antagónicos puntos de vista. La complejidad y abigarramiento de sus componentes da pie a todas las actitudes, que, según algunos ideólogos, podrían resumirse en «integrados» y «apocalípticos» —los que todo lo ven con optimismo y los que profetizan la catástrofe. Para los «integrados», el sistema ha alcanzado un grado de desarrollo y experiencia tal, que es capaz de dar solución a todos los problemas, superar todos los conflictos, prever todos los desastres—. Los viejos males —crisis cíclica, paro, lucha de clases, lucha de mercado— parecían haber sido sobrepasados venturosamente. El neocapitalismo se presentaba así como un doctor Fausto revigorizado y vencedor de la vejez y sus achaques.

Pero el fin de la feliz década de los sesenta coincide con el incendio de la guerra de Vietnam. Se trataba de un conflicto «regional», una conflagración «localizada» que, según el punto de vista de Washington, incluso beneficiaría a la economía norteamericana. La guerra siempre es buen negocio, se creía, fundándose en las felices experiencias de las dos guerras mundiales, que auparon a los USA al cenit de su grandeza. La gue-

rra «localizada», sin dejar de ser local, se salió de madre, desbordó ciertos cálculos. Por esas calendas se agrava también otro gran problema, el de la contaminación —sobre todo, en Estados Unidos—, cuya hermosa Naturaleza empieza a degradarse y envilecerse en proporciones alarmantes. En Europa ocurre otro tanto. Se emprende la vertiginosa carrera del desarrollo económico, panacea capitalista contra todos los males..., menos uno, su propia elefantiasis. Surgen estallidos de subversión por los cuatro continentes, en los mismos Estados Unidos, en los bulevares de París. Ciertos problemas insospechados —paro, inflación, devaluaciones— comienzan a dispararse, y el mundo entra en la nueva década de los setenta con un horizonte de incertidumbre, duda, inquietud. Los «apocalípticos» empiezan a ver —no en el cielo— en la tierra los signos de sus presagios. La irracionalidad esencial de la economía de libre empresa, al mando de una tecnología refinadamente científica, que le entrega el dominio total de la Naturaleza, provoca una alteración profunda del hombre, el medio físico y el Estado.

PAULINO POSADA

El hombre

En esta sociedad, el hombre ha sido separado traumáticamente de la Naturaleza, cuyo contacto ha perdido en su existencia cotidiana. Las cadencias del trabajo industrial, normalmente uniformes, someten su psiquismo a una monotonía constante, a tensiones mecánicas, a una regularidad cronométrica y a un horizonte vital plano, fijado por la repetición permanente de sus contenidos de conciencia, sus actos, sus vivencias. En muchos casos, el esfuerzo físico ha sido sustituido por el esfuerzo mental de una atención fija sobre un número reducido de operaciones limitadas que se suceden a tiempos previstos y medidos (las líneas de montaje, el torno, la fresadora, la excavadora, etc., etc.). Es un hecho evidente que el trabajo en el que el hombre proyecta de algún modo su personalidad, pierde ese depresivo carácter de «obligación», de «condena», en el sentido bíblico. La sensación de fatiga mental del obrero industrial le empuja al descanso buscado con avidez; le arrastra al apartamento, privándole de toda relación social, esparci-

miento, distracción y ocio cultivado. El hombre se aísla y vuelve solitario —no hay tiempo para la amistad y el sano compañerismo—. En la vida del trabajador, el día pertenece realmente entero al empresario; la alimentación y el descanso forman parte del trabajo, que no sería posible sin ellos.

El «hábitat» del trabajador, aun en las sociedades más adelantadas económicamente, presenta todos los peores aspectos de la masificación propia de un mundo de enormes concentraciones demográficas. La calidad de la vida en él va de mediana a pésima, agravada generalmente por todas las molestias y mortificaciones de una familia numerosa encerrada en un espacio exiguo. La vivienda es de materiales de inferior calidad y acusa todas las deficiencias nacidas de la especulación económica de las empresas constructoras. Se puede afirmar sin exageración que en la casa colmena del moderno proletariado industrial no hay intimidad o es muy precaria. En la celdilla del amargo panal obrero, los cuartos son verdaderos nichos; el agua sabe a cloro, los inodoros no suelen serlo, las emanaciones y vapores culinarios invaden la morada entera y por el estrecho patio suben, densas, sofocantes, las vaharadas de cien hogares.

LIMITES DE LA SOCIEDAD DE CONSUMO

Los contenidos mentales del hombre medio o son el dinero o giran en torno al dinero. No se cree ni se piensa en otra cosa que en el dinero, y es lógico en una sociedad en la que «todo tiene un precio» y todo se marca. «Ganar dinero es bueno», ha dicho recientemente el Presidente Nixon. Hay que ganar dinero, mucho dinero. Si escuchamos una conversación en un albergue de carretera, de montaña, en una playa, en una piscina, en el 99 por 100 de los casos se habla de dinero.

Se dice que la familia es el refugio del individuo, el oasis en la travesía del desierto. Estúdiense las estadísticas sociológicas de los países más desarrollados industrialmente y se verá lo que queda de esa ilusión. Divorcios, separaciones, ausencias impuestas por la dura necesidad. En la mayor parte de los países aludidos, uno de cada cuatro matrimonios se deshace a los pocos meses de contraído; la mayoría de los cónyuges pasan el día separados por el trabajo, los hijos en la guardería o en otras instituciones, y cuando se reúnen todos, apenas tienen nada que decirse, se produce entre ellos una incomunicación infranqueable o sólo hablan de cosas triviales. Muchos individuos viven solitarios, aislados; el porcentaje de suicidios es considerable, apenas pasa día sin que los periódicos den cuenta de ellos de las formas más diversas. El alcoholismo aumenta. La droga, de más difícil obtención, se extiende, y cuando no se consigue, se sustituye por otra clase de fármacos en forma de tranquilizadores, «comprimidos de la felicidad», somníferos, sedantes, etcétera. La prostitución se enmascara y adopta disfraces distintos a las formas tradicionales, pero su número es mayor, porque la población crece a ritmo galopante y las ocasiones de su práctica se multiplican más o menos sutilmente.

La cultura, lo que se entiende por formación y cultivo del espíritu, se compone de una carga inerte recibida por costumbres y tradición, impuesta por el uso social, seguida por la imitación pasiva, a más de un conjunto de hábitos, modas, informaciones elementales para «poder circular» y reflejos condicionados por estímulos ambientales recibidos sub-liminalmente: «Aprenda usted durmiendo». O a través de cursos básicos de conocimientos prácticos impartidos y recibidos a toda prisa. Nota dominante en esta sociedad capitalista consumista es el «snobismo», consecuencia directa del mimetismo suscitado por todos los medios. El «snobismo» es a la cultura lo que el «nuevorriquismo» a la economía y la posición social, y se caracteriza por un interés superficial, narcisista, de prurito epidérmico y notoriedad que empuja al individuo a adoptar léxico, modales, estilos de vida externos que le son ajenos.

En la clase trabajadora, la formación cultural, aunque se ve libre de la ridiculidad «snobista» y la cursilería, es muy baja. Su preparación se reduce al aprendizaje empírico de un oficio, una especialidad industrial basada en una instrucción mínima —cursillos acelerados, escuelas nocturnas, centros sindicales—, el paso rápido por la escuela primaria y, en el mejor de los casos, unos cursos de Bachillerato frustrado. En cuanto a su «consumo cultural» es aleatorio, determinado por el «best-seller» de la especulación editorial, la película taquillera y los programas de televisión al uso. Esto, para aquellas minorías obreras que sienten alguna inquietud. El resto permanece marginada de la cultura.

La explicación es clara. La cultura de la sociedad capitalista parte de un sujeto universal abstracto, inexistente; no va dirigida a la clase ni tiene en cuenta los condicionamientos vitales y los intereses de los distintos estratos sociales. Se lanzan al mercado unos productos culturales que buscan indistintamente al comprador; así se da la tremenda contradicción de la trabajadora que sueña con el mundo de «Love story» o el obrero que lee el diario de los banqueros y las revistas de las señoras del club de tenis.

La mixtificación es total y premeditada, encaminada a la formación y nutrimiento de tanta falsa conciencia como predomina en la sociedad de consumo. La proliferación de publicaciones deportivas y frívolas es otra táctica más para mantener apartadas a las masas inmensas de sus verdaderos y reales intereses humanos. Una manipulación, una auténtica estafa.

La religión (las vivencias de la trascendencia y la esperanza) atraviesa por una crisis profunda en el seno de este mundo de la «affluent society», en el que el hombre es abocado al materialismo, el pragmatismo y el positivismo, como únicos horizontes «prácticos», «realistas». La estructura mental de este hombre consumista está dispuesta y engranada en la inmediatez biológica, en la interacción unitaria básica individuo-medio, todo lo cual conduce a una sordidez espiritual, o, mejor dicho, ausencia de espiritualidad. En los otros hombres no se ve al prójimo, sino al competidor, al rival que nos disputa «el pesebre invernal», o, en el mejor de los casos, se muestra hacia él semejante la indiferencia o desconocimiento del rebaño. La sensibilidad para lo humano se encallece o atrofia. La estimación de la persona no existe, no puede existir en un sistema cuyo pivote esencial es el lucro, la ganancia; donde no cuenta la calidad humana, sino la cantidad y la utilidad. Una mente estructurada cuantitativamente no puede percibir la modulación melódica de las cualidades perso-

nales, que, al contrario, se tratan de ignorar por obstaculizantes, estorbosas y aun molestas. La elevación de horizonte humano que es la esencia de la religión choca en la sociedad consumista con la rasura e inmediatez de su ámbito plano, horizontal.

El medio ambiente

La sociedad de consumo se asienta sobre la base del crecimiento económico continuo. Hay que producir más y más de todo, y cada vez más mercancías nuevas, porque el desarrollo económico, el nivel de consumo, la expansión incesante de la demanda, no permiten detenerse ni descender en ese movimiento implacable que el capitalismo moderno, desde su lecho de Procuro, exige inexorablemente. Su suspensión sería su muerte; está condenado a crear incesantemente. Y cada vez a ritmo más acelerado. La explotación de los recursos naturales y la producción de mercancías alcanza ese concepto vertiginoso de la multiplicación exponencial. Es como una caída en el vacío sobre un campo de gravitación cada vez más intenso. Ya no se trata de una mera adición lineal de mercancías, sino de una espiral inmensa que a cada giro se expande abarcándose a sí misma indefinidamente. ¿Indefinidamente? Sí. Porque la población crece asimismo a razón geométrica y, además, la mentalidad consumista se fomenta a toda costa por exigencias de un mercado aquejado del mismo vértigo que la producción. Círculo vicioso en que se mueve fatalmente el sistema capitalista: producir más para consumir más, y viceversa. El mercado ha de experimentar una movilidad cada vez mayor, porque la producción no puede detenerse, no permi-

te «stocks» —hay que amortizar inversiones enormes de capital de distinto tipo (financiero, de equipos, de técnicos, de materias primas) y, además, hay que obtener beneficios, acumular ganancias a toda costa—, ni dilaciones.

Influyen en esta dinámica enloquecida factores de muy diversa índole. Impensables hoy las conflagraciones bélicas a escala mundial, mejorada extraordinariamente la higiene, la médica, prolongada la vida media y disminuida la mortalidad infantil como nunca se había conocido, el crecimiento demográfico corre con paso más rápido que el crecimiento económico y alcanza cotas cada vez más altas. Para el año 2000, la población mundial se habrá duplicado; dentro de veintiocho años, seremos más de ocho mil millones de viajeros en la Tierra.

Esos algo más de 8.000 millones de «zoon politikon» deberán contar con vivienda decente, alimentación, vestidos, electrodomésticos, autos, aviones, embarcaciones y lugares de descanso y recreo, impuestos por el modelo existencial de la «affluent society», para no sentirse desgraciados ni frustrados. Traspasando el punto de no retorno en la carrera de la industrialización y su correlato, la mentalidad consumista, se hace difícil, por no decir socio-económicamente imposible, fijar un punto de equilibrio, modelar lo que se ha llamado «una sociedad estable» basada en el control de la natalidad, la sobriedad de vida, la contención en todos los órdenes. La inmensa máquina tecnológico-industrial no puede pararse ni mandar a la calle a los millones de hombres que de ella viven. A no ser que se decidiera lo que algunas voces previsoras y alertas recomiendan: un nuevo planteamiento de la civilización. Un nuevo modelo de sociedad asentado sobre otros fundamentos éticos y culturales, con otros fines y otro estilo de vida.

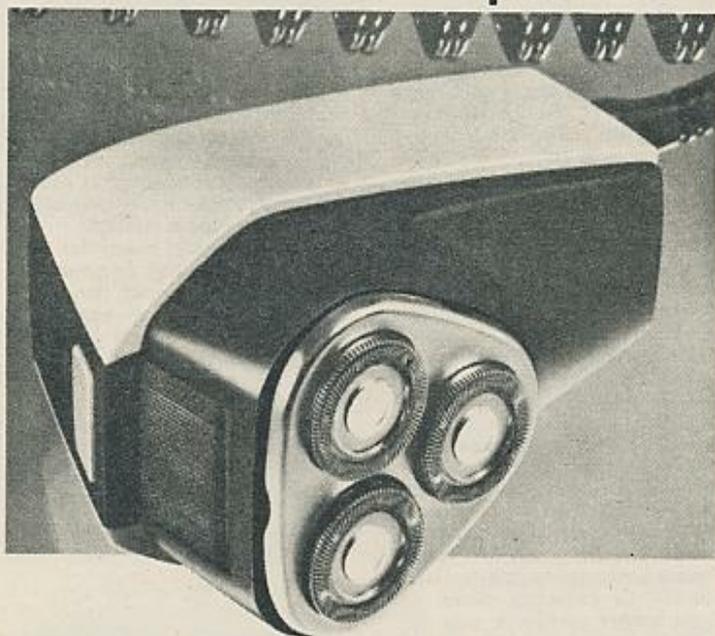
Entre tanto, el consumismo va camino de rizar el rizo bajo un cielo sombrío. Se ciernen sobre él varias amenazas: la contaminación y la destrucción del ambiente natural, la degradación ecológica —que ya se ve venir a pasos agigantados— con el envenenamiento del aire, el agua y los recursos biológicos (ganadería, vegetales, peces); el agotamiento de los recursos agrícolas y energéticos. El informe del Club de Roma sobre «Los límites del crecimiento» es, en este sentido, de una elocuencia abrumadora. Lo mismo el manifiesto de treinta hombres de ciencia británicos publicado en «The Ecologist», de Londres.

La degradación del entorno humano adquiere ya proporciones alarmantes. Los informes del comandante Cousteau y el navegante Thor Heyerdal sobre el envenenamiento de los mares y la destrucción del plancton son sencillamente

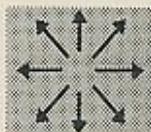


¿Qué le pediría Vd. a una máquina de afeitar..?

• que afeite bien • que no irrite



PHILISHAVE le ofrece, además...



UN MAYOR APURADO porque le afeita en todas las direcciones a la vez y no deja escapar ni un solo pelo



UN AFEITADO IMPECABLE sin irritaciones, sin tirones, silencioso y sin vibración, debido al movimiento constante de sus 18 cuchillas



UN AFEITADO MAS RAPIDO debido a sus nuevas cabezas de 90 ranuras, que captan más pelos en menos tiempo



CORTAPATILLAS con apertura instantánea. CORDON TELEFONICO... y las ventajas técnicas exclusivas del SISTEMA ROTATIVO

PHILISHAVE, EL SUPER-APURADO ROTATIVO

LOS INFELICES 70

tétricos. Heyerdal, en su travesía del Atlántico, encontró constantemente grandes masas de petróleo flotando sobre las aguas. Cousteau dice que un 30 por 100 de esa cadena regeneradora del oxígeno que es el plancton ha sido destruido. Los desechos del consumismo —todo género de residuos de plástico, metal, cartón, papel, plexiglás, etcétera—; la excrecencia continua de heces fecales de las megápolis y ciudades importantes, imposibles de eliminar, que se convierten en focos letales inmensos; la polución térmica originada por las centrales nucleares y de otro tipo, vertiendo enormes caudales de aguas a temperaturas elevadas; la polución acústica producida por mil motores y máquinas diversos; los escombros de materiales de construcción transmutados, como los cerámicos, con carácter irreversible, todo ese cúmulo de detritus va invadiendo implacablemente el planeta en cantidades crecientes aceleradamente, hasta convertirlo en un inmenso basurero.

Esa condena al crecimiento continuo está provocando la expoliación gigantesca de los recursos minerales, vegetales y animales de la Tierra. ¿Sabemos ya las consecuencias que pueden derivarse del desplazamiento tectónico de inmensas masas férricas, petrolíferas, cupríferas y de otros metales que se extraen a ritmo creciente, alterando la estructura geológica? ¿Está la ciencia de situación de prever los efectos de la acumulación de monóxido de carbono en las capas superiores de la estratosfera y de la alteración de los ciclos evaporación-condensación-luvia sobre la atmósfera terrestre? ¿Se conoce hasta qué punto es regenerable la degradación a que se someten los gases básicos, las aguas, las materias orgánicas que sustentan y reproducen al hombre? ¿Se sabe si son recuperables y regenerables a su pristina pureza las inmensas masas acuícolas polucionadas en gran escala por mil factores contaminantes que actúan sobre ellas de continuo, como es el caso —por poner unos ejemplos— del Rhin, los grandes lagos norteamericanos, el Mediterráneo? Y tantas otras preguntas de difícil respuesta que se podrían formular mientras la conciencia ecológica, esa nueva alarma, se va abriendo paso lenta y morosamente, tropezando con toda suerte de obstáculos. Porque lo que es indudable es que la máquina tecnológico-industrial y los supuestos sobre los que descansa la sociedad consumista no se van a poder desmontar de la noche a la mañana. La «reconversión» a otro mundo y otra mentalidad habrá de llevar mucho tiempo, tiempo contra reloj en la disparatada carrera de la producción desatada que, hoy por hoy, es fuente cada vez más torrencial de polución, destrucción del medio humano y consumo de recursos naturales insustituibles.

Por el momento, sólo un «stop» se insinúa en este delirante proceso de crecimiento económico y producción a razón geométrica... Ese «stop» es la acechante crisis del sistema capitalista mismo; la posibilidad de un colapso fulminante por apoplejía, por plétora paradójica y por un «bloqueo» del sistema causado por su complejidad y la fragilidad de sus sutiles engranajes.

«Hace falta un Estado fuerte, con mucha autoridad», se oye decir en declaraciones de altos personajes financieros e industriales. «Ley y orden», claman, imperativos, ante el estallido de violencias mal contenidas, los más diversos ocliantes del poder. «¿Qué ley y qué orden?», increpan los jóvenes rebeldes. «Lo primero, la paz civil», demandan los conservadores, que siempre dejan a la justicia en segundo lugar, porque, goethianos ellos, piensan que «es mejor un orden injusto que las mil injusticias del desorden». Y asistimos al resurgir de un nuevo autoritarismo maquiavélico y maquilavelizante por parte de quienes se proclamaron a sí mismos paladines de la libertad y democracia «representativa».

Estados caseros fuertes

Y vamos llegando al punto desde el que se contempla en profundidad el origen, las causas y las vías del fenómeno de «vigorización» y afirmación del Estado fuerte, lleno de autoridad».

El neocapitalismo cosmopolita siente la necesidad profunda de Estados caseros fuertes que metan en varas a los rebeldes, levantiscos, «contestatarios» y ácratas de toda laya, y ello, como se ve, por la razón de su propia complejidad y finura de mecanismos, que admiten difícilmente el menor grano de arena en sus engranajes. Y en este sentido, encuentran hasta la colaboración de ciertos partidos obreros, a quienes una perspectiva revolucionaria como la del mayo francés produce verdadero espanto. Un destacado líder del partido comunista galo señalaba con temor «las consecuencias catastróficas» que se podían derivar de la paralización de la máquina capitalista si la revolución de los bulevares y la huelga de las fábricas se generalizara y extendiese «aventuradamente». Las grandes empresas multinacionales, favorecidas por la mentalidad consumista y el nuevo espíritu burgués de amplias capas de la clase trabajadora, mantienen y fomentan una penetración entre bastidores que a veces, por torpezas de algunos, aflora al exterior del Estado con mayor o menor escándalo. Que esto del escándalo cada vez tiene menos importancia, dada la extraordinaria capacidad de ciertos políticos para asimilarlo sin demasiados graves

EDITORIAL FUNDAMENTOS

Caracas, 15 - Madrid-4 - Teléfono 419 96 19

Colección ARTE

John Ford. 200 págs. 28 fotografías. 125 pts.

Fritz Lang en América. 150 págs. 24 fotografías. 100 pts.

PETER BOGDANOVICH, que se ha revelado como un magnífico director («¿Qué me pasa, doctor?»), nos ofrece dos amplias y documentadas entrevistas con los que él considera los «maestros» indiscutibles del cine americano.

«Comix underground» USA. Tamaño especial. 2.ª edición. 150 pts.

¿Sabe usted qué diferencia existe entre «comix» y «comic»? ¿Quiere verdaderamente saber lo que es la contracultura y el «underground»? Conozca un mundo nuevo a través del libro más atrevido del año.

Valle-Inclán: anatomía de un teatro problemático.

S. M. GREENFIELD, profesor de literatura hispánica de la Universidad de Massachusetts, ha dedicado varios años al estudio de la dramaturgia valle-inclanesca. El resultado es este trabajo de rigurosa investigación y original interpretación, que pasa a ser imprescindible sobre el tema.

El artista y su época. Novedad. 125 pts.

ERNST FISCHER, recientemente fallecido, plantea desde nuevas perspectivas el discutido problema del papel del artista en nuestra sociedad.

...

Colección CIENCIA El conocimiento del entorno en que nos hallamos «es necesario» para crear una respuesta coherente a las provocaciones del medio.

Antipsiquiatría. H. HEYWARD y M. VARIGAS. 100 pts.

No existen locos. La locura está en el medio. La denuncia más fuerte hecha a la Psiquiatría como defensora del orden social existente.

Lo normal y lo patológico. A. SERVANTIE. 100 pts.

El «normal» en nuestra sociedad es quien está adaptado a los valores dominantes, integrado en el grupo social. ¿Cuáles son las consecuencias de este presupuesto?

Crítica del socialismo de estado. S. STOJANOVIC. 100 pts.

Es urgente denunciar cómo el marxismo, teoría resuelta-mente anti-estatal, ha sido paradójicamente utilizada para desarrollar una fuerte oligarquía estatal.

El capitalismo como sistema. OLIVER C. COX. 200 pts.

«Nunca se ha escrito un estudio tan completo y asequible acerca de la naturaleza y consecuencias de la implantación del sistema social que domina actualmente más de media humanidad». Formado en la escuela de SWEEZY y BARAN, su punto de partida es mucho más amplio.



California, México y Yucatán

Pan Am. Nuevas Aventuras

Y, ahora, desde Pts. 68.100. (nuevatarifa reducida), Si quiere Vd. olvidarse de todo... acuértese de Pan Am. **Pan Am le ofrece** la más explosiva aventura para salir del ruido, de los problemas, de la rutina de cada día. Una aventura que le hará pasar inadvertidamente de la pujante California al exótico y a la vez familiar panorama de Mé-



jico. **Fechas de salida** desde Barcelona o Madrid: 29 Junio, 17 Julio, 3, 17 y 25 Agosto, 7 Septiembre, 6 Octubre.

Viaje de 18 días de duración a Nueva York, San Francisco, Los Angeles, México, Mérida, Uxmal y Chichen Itza. Vuelos en Clase "Economy", en los enormes, confortables 747 y Jet Clipper 707 de Pan Am. Viaje en grupo IT acompañado de un experto guía, incluyendo:



avión, traslados, alojamiento en hoteles de Primera compartiendo una habitación doble con baño, visitas turísticas.

Excursión facultativa a Las Vegas. Y con el cómodo Sistema de Pago



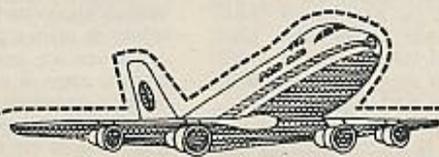
a **Plazos Pan Am** si así lo desea. Tramitación inferior a 72 horas.

Entradas de Pts. 6.810, y plazos de Pts. 3.045 mensuales. Consulte otras modalidades de pago.



Conozca mejor este magnífico programa. Le sorprenderá. Pídanos más detalles. Se los mandaremos rápidamente.

Envíeme, sin compromiso por mi parte, toda la información de que dispongan sobre la Nueva Aventura "CALIFORNIA, MEXICO Y YUCATAN", a la siguiente dirección:



 **Pan Am.** 

Sr. D. _____
Domicilio _____ N.º _____
Ciudad _____ Dto. Postal _____
Teléfono _____
Viajaría acompañado de _____ personas
Mi Agente de Viaje es _____

Mande este cupón a Pan Am
Edificio España, Madrid-13 Tel. 241 42 00 ó
Mallorca, 250, Barcelona-8 Tel. 215 20 58



LOS INFELICES 70

trastornos fisiológicos. La manipulación de la información y, lo que es más importante, las técnicas de trivialización y desustanciación de esa información, en medio de la bálumba tumultuosa de un flujo de noticias que, por su plétora, se neutraliza a sí mismo, da como resultado el sueño tranquilo de las conciencias y el dulce olvido de las cosas atroces (el subrayado es del autor). Un pacífico y honesto ciudadano se va tan feliz a la cama después de haber visto en su televisor arder vivos a los niños de An Loc, mientras que el próximo encuentro internacional de fútbol desplazará de su mente cualquier otra preocupación, instalando en ella una expectación gozosa y atendida. La realidad es que, por la sollicitación de los bienes materiales y el influjo de la atmósfera artificial de la frivolidad, extensas masas de trabajadores y pequeños burgueses, la clase media en general, se desinteresan de la «cosa pública», se despolitizan, se sumergen en la balsámica y adormecedora falsa conciencia, dejando el campo libre para la acción providente del Estado, el buen gobierno, el desarrollo económico y social, la elevación del nivel de vida, la gran prosperidad para todos, frutos de bendición del «Estado eficaz, fecundo y tal». Se habla de «libertades concretas», como si la libertad fuera un producto mercantil que se pueda pesar y medir, y se repudian con sarcasmo «las libertades abstractas»; es el gran argumento de los tecnócratas, los nuevos manipuladores y celosos servidores del neocapitalismo, mandarines que encuentran naturalísimo negarle y recortarle al hombre su hombría, sus posibilidades de ser más hombre, a cambio de las bisuterías y juguetes del bazar del consumismo.

Epílogo en Canillas

Canillas es un barrio de Madrid, en la periferia ambigua y más bien sórdida de la gran ciudad, en esa zona donde las chavolas alternan con los bloques-colmena de nueva planta y el aire, por supuesto, trae vaharadas fétidas de cloacas a flor de tierra. En Canillas viven ahora y conviven heterogéneamente varios estratos sociales (algunos, de muy diversa índole), pero, en general, caracterizados por sus rentas salariales de medianas para abajo. Si sociológicamente es una mezcla de empleados modestos y obreros más o menos cualificados, urbanísticamente tiende al caos y a la confusión. Estas grandes concentraciones monolíticas de viviendas son verdaderas necrópolis de vivos (como en el poema de Dámaso Alonso), sin otra vida comunitaria ni convivencia humana y humanizante que la forzada coexistencia

física impuesta por el aislamiento y la distancia.

Al pie de Canillas ondulan al viento las espigas de los últimos campos de trigo, restos de un pasado campesino en torno a Madrid, devorado por los bloques de viviendas, nuevas calles, carreteras y vías de ferrocarril, depósitos de combustibles y otras instalaciones industriales. Las tierras de labor lamen los muros de los mamotretos de cemento; como no hay parque ni espacio de esparcimiento, los vecinos, en las tediosas tardes del domingo, pasean por entre los sembrados, a orillas de hediondos arroyos de aguas fecales, junto a los que acampan esos españoles extraños y asociales, de piel de bronce, que son los gitanos, en sus aduanas proliferantes de nubes de arrapiezos sucios, pero llenos de vitalidad por no se sabe bien qué especial don natural, como no sea el del principio de la supervivencia por adaptación. Las vías peraltadas del ferrocarril de enlace forman aquí una frontera que cierra el paso y el horizonte. Del otro lado están Barajas y Torrejón, otro mundo de límites y escapes a un tiempo. Allá al fondo se ve desde las vías el horizonte de Guadalajara, alzando sobre la depresión del valle del Henares. De Barajas salen continuamente grandes aviones, que van dejando detrás una estela de humo negro; se les ve elevarse y desaparecer rápidamente. Más allá, en Torrejón, entre instalaciones y señales aéreas, se sospecha todo lo que está debajo: los potentes artefactos termonucleares, ocultos bajo inocentes capas de verdor, ese raro verdor de Castilla que denota la presencia del agua escasa. A nuestras espaldas, el mar abigarrado y encrespado de las edificaciones de Madrid.

Límites. Fronteras que no son fronteras para la lenta pero tenaz invasión de un urbanismo desatado, monstruoso. Fronteras que no son fronteras de una demografía incontenida e incontenible, magma de carne infantil, que fluye incasablemente por calles, plazuelas, explanadas, campillos, bares, cines, locales de juegos donde se vende el entretenimiento al estilo norteamericano. Niños, miles de niños de todas las edades, surgiendo arrolladoramente a la vida, amontonándose, apretándose, entrenándose para la dura, difícil, acaso siniestra convivencia del año 2000, cuando nosotros, los que ahora oteamos el oscuro horizonte, hayamos abandonado este «brave new world», este mundo feliz, este mundo entre la ficción fantástica del consumismo y la tecnología y los perfiles lúgubremente apocalípticos de la profetizada catástrofe final de una Tierra agotada, envenenada, arrugada y sucia. Como la anciana gitana, paridora antaño, que vegeta a la vera del arroyo pestilente de Canillas, entre la turba gritadora y agitada de la prole tribal. ■ P. P.

